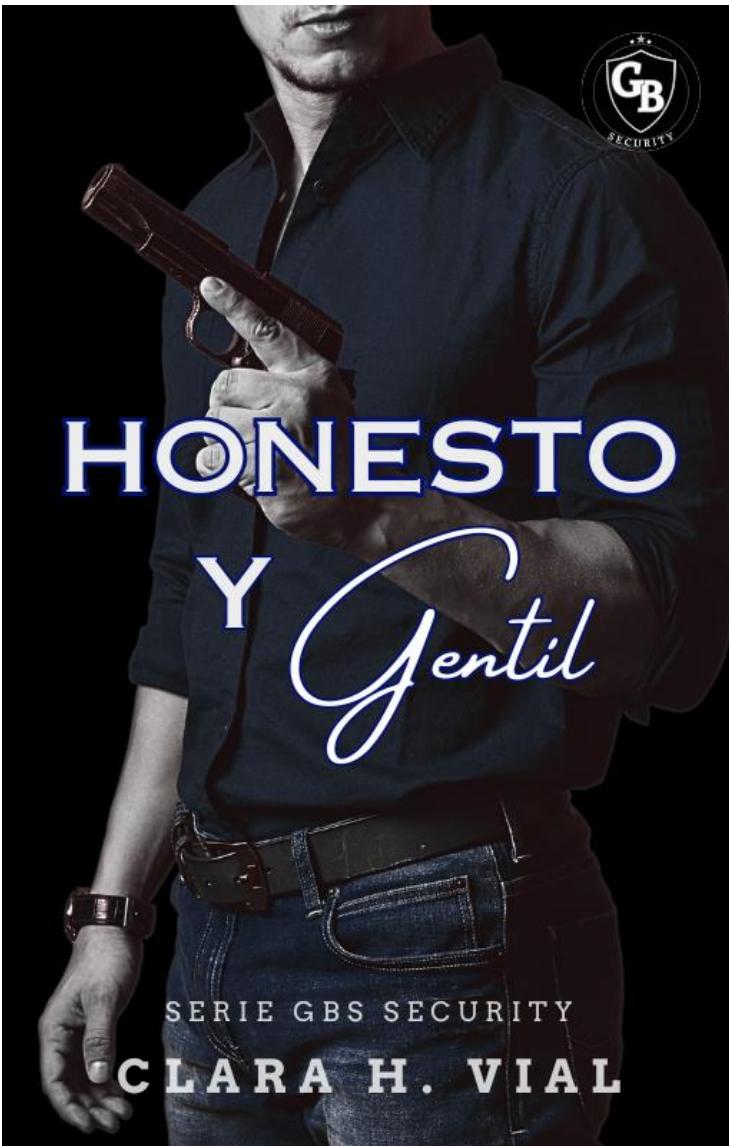


HONESTO Y GENTIL
GBS SECURITY, VOL. 2



PROPIEDAD INTELECTUAL DE CLARA H. VIAL
MATERIAL EXCLUSIVO – PROHIBIDA SU VENTA

Las segundas oportunidades
existen, solo debes tener valor
para ir por ellas.

PRÓLOGO

Noah

Jamás pensé que mi intachable carrera de dieciséis años en la marina, terminaría por problemas médicos.

Amaba despertar consciente de que mi trabajo hacía la diferencia y, más aún, saber que era relevante y que tenía impacto en más de uno. Torturar a los nuevos reclutas era un placer culpable y, al mismo tiempo, un honor.

Entendía que mi experiencia era de gran ayuda, ya que esos conocimientos, les salvarían el pellejo si se enfrentaban a la delgada línea entre la vida y la muerte. En el campo de batalla, era necesario tomar decisiones estratégicas y rápidas que podían ser difíciles; en ocasiones, muy duras. Darles la bienvenida y patearles el trasero para recordarles que eran una pieza más del engranaje, se convertía en una clase magistral de humildad y obediencia.

Era más frecuente de lo habitual, recibir arrogantes convencidos de que el mundo giraba a su alrededor, solo por el hecho de que hubiesen ingresado a una de las unidades de élite de las fuerzas armadas. La semana del infierno, como siempre, era una lección de supervivencia y una bofetada de conciencia.

En general, no se presentaban oportunidades de hacer amigos durante un despliegue o misión; de hecho, las probabilidades eran iguales a cero. Sin embargo, tuve la suerte de encontrarme con dos engreídos, que por ser grandes y musculosos,

creían que tenían todo el terreno ganado. Afortunadamente, con el tiempo aprendí que solo eran presuntuosos.

Producto de mi honorable baja, varios departamentos del gobierno tuvieron interés en mis capacidades y, terminé, entregando parte de mi alma al *FBI*. Después de una redada en la que todo lo que podía haber salido mal, fue incluso peor; junto a Knox Gibson, uno de los presuntuosos exreclutas que terminó por convertirse en mi mejor amigo, dejé la vida militar para concentrar mis energías en las necesidades del mundo privado.

A pesar de que, a veces, me embargaba la nostalgia por mi labor de aquella época, había logrado entender que a los cuarenta años, mi nuevo trabajo era igual o más importante que el anterior.

Gibson Brothers Security, GBS, se había convertido en la mejor compañía de seguridad y consultoría de la ciudad y, una de las mejores del país.

Lo que comenzó con una idea, terminó convirtiéndose en una gran empresa; jamás pensé que me llenaría de tanto orgullo y satisfacciones. Nuestro equipo era especializado y extraordinario, lo que con frecuencia nos obligaba a elegir con pinzas los casos porque no dábamos abasto, incluso, con tres de los cuatro hermanos Gibson trabajando juntos.

Killian, el hermano gemelo de Knox y, también, uno de mis exreclutas, nunca tuvo interés en otra cosa que no fueran las misiones encubiertas o de alto riesgo. Por eso, terminé haciéndome cargo de todos los asuntos de inteligencia de la compañía,

aunque nunca supe ni por qué ni en qué momento, fue que asumí como el segundo de abordo.

Kylie, su hermana mayor, llevaba un par de años trabajando con nosotros. Al inicio, jamás pensamos que sería tan difícil manejar los asuntos contables y comerciales. Todos, excepto nuestro *hacker*, éramos exmilitares o *exmarines*, por lo tanto, no teníamos idea de cómo administrar un negocio. Fue ella la que puso todo en orden el día que cruzó las puertas de GBS, con esa enorme, cálida y brillante sonrisa.

Kai, la menor del clan Gibson, era abogado y, la única, que no trabajaba para la compañía.

—Ven conmigo —dijo Knox, asomando la cabeza a mi oficina. No eran ni las once de la mañana del lunes.

—¿Qué ocurre?

—Es Kylie.

—¿Qué pasó?

—Está en el hospital.

—Pero ¿por qué? —Dudaba que fuera a gustarme la respuesta.

—La asaltaron; no me dieron más detalles por teléfono.

Nos montamos en su camioneta y, sin poner atención a las condiciones del tráfico, condujo prácticamente sin detenerse en los semáforos.

—¿Kylie Turner? —preguntó Knox agitado; habíamos llegado a la sala de urgencias del hospital.

—Señor, ¿cuál es su relación con la paciente? —preguntó la enfermera de gafas negras.

—Soy su hermano.

—Pues, tendrá que esperar unos minutos. —Se sentó frente al ordenador e ingresó su nombre, utilizando solo los dedos índices—. Ella se encuentra en la sala de rayos, en una tomografía.

—¿Por qué?

—¿No le explicaron el estado de la señora Turner?

—¡No! —rugió.

—Tome asiento, enviaré un mensaje al médico para que venga a hablar con usted. —Knox asintió; en vez de sentarse, se apoyó en el pilar que estaba en la entrada, con los brazos cruzados sobre su pecho.

Saint Jones era pulcro y antiséptico, como se esperaría de cualquier hospital. Yo no era ajeno a lo que significaba estar del otro lado de la cortina, de hecho, era la primera vez que me encontraba en la sala de espera.

—¿Los familiares de Kylie Turner? —preguntó el doctor que caminaba hacia nosotros y que llevaba un gorro que tenía un estampado de dinosaurios.

—¡Yo! —contestó Knox y se levantó de inmediato—. Soy su hermano.

—Buenas tardes, ¿señor...?

—Knox Gibson —respondió mi amigo y estrechó la mano que le ofrecían.

—¿Y usted es el esposo? —me preguntó.

—No.

—Oh... siento mucho la confusión. —El médico bajó la vista y volvió a concentrarse en la ficha tenía en la mano.

—No pasa nada —agregué, impaciente.

—¿Doctor? —dijo Knox.

—Soy el doctor Andrew Craig y fui quien recibió a la señora Turner, mucho gusto.

—¿Cómo está mi hermana?

—Por aquí —indicó el camino—. Es mejor que pasemos a mi consulta.

Knox me miró y apretó la mandíbula. Que el médico nos hiciera salir de la sala de espera para un informe sobre Kylie, no lo esperábamos; no era sinónimo de buenas noticias. Tampoco nos interesaban las introducciones, al menos yo, esperaba explicaciones.

Tenía el corazón en la garganta y, por alguna razón, en vez de poner atención a sus palabras, no podía evitar fijarme en los dibujos morados del gorro que tenía en la cabeza. Los blancos y estériles pasillos se sentían como una prisión de la que quería escapar, tenía demasiados recuerdos de lugares como ese.

—¿Y bien? —dijo Knox, con el tono que habría utilizado para interrogar a alguien.

—Recibimos a la señora Turner hace aproximadamente treinta minutos. Fue víctima de un violento asalto —explicó el hombre de los dinosaurios y cruzó las manos sobre la mesa de su escritorio—. Recibió dos puñaladas y tiene una leve contusión cerebral.

—¿Doctor? —Knox había llegado al límite de su paciencia.

—Afortunadamente, las heridas son superficiales. Una en el hombro y la otra en el brazo izquierdo.

—¿Qué? —exclamé, cuando recuperé el aire que había dejado de circular en mi cerebro.

—La encontraron en un callejón a tres

manzanas del colegio, ese que está cerca de la plaza central.

—Mierda. ¿Estaba sola? —preguntó Knox.

—Sí.

—Debo llamar a Kill —agregó él con los puños apretados.

—Yo lo haré. —Me levanté, no quise interrumpir su conversación con el médico y salí en silencio de la oficina.

A los pocos minutos, le informé a Killian lo que había dicho el doctor y, le hice jurar, que recogería a su sobrino, Matt. Cuando regresé a la consulta, Knox tenía la mandíbula tiesa y los brazos cruzados sobre su pecho.

—Me preocupa más la contusión que las heridas. Es por eso, por lo que deseo dejarla en observación por un par de días.

—Dios. —Mi amigo se pasó las manos por la cara—. ¿Qué dijo la policía?

—La encontró un joven que corría cerca. Fue él quien llamó a la ambulancia y cuando la recibimos, fui yo quien contactó a la policía, es el procedimiento estándar en estos casos. De seguro no tardarán en llegar.

CAPÍTULO 1

Kylie

Me palpitaba la cabeza y el dolor punzante que tenía en el hombro, estaba matándome.

Me dolían los ojos, el brillo era cegador; cuando los abrí, supe de inmediato dónde estaba.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Knox, uno de mis hermanos.

—¡Matt! —Mi corazón dio un salto que me llegó a la garganta—. ¡¿Dónde está Matt?!—

—Tranquila, Kill fue a recogerlo. —Agarró mi mano—. ¿Recuerdas algo de lo que pasó?

—Pues... —En el esfuerzo para invocar a mi memoria, volví a sentir un golpe de adrenalina, cuando vi las aisladas imágenes guardadas en mi mente.

—¿Kylie?

—Iba camino a recoger a Matt. —El pulso me retumbaba en la frente—. Dios, pasó todo tan rápido...

—Tranquila.

—Estaba por llegar, estaba cerca. —No podía respirar profundamente, el lacerante dolor en el hombro me obligaba a contener el aire.

—Chss... Tal vez, será mejor que descanses, ya habrá tiempo para poner las cosas en orden —susurró mi hermano.

—¿Dónde está Matt? —insistí. Se me apretó el pecho pensando en mi hijo y, en ese mismo instante, se me olvidaron todos los dolores.

—Viene de camino. —Solté el aire que amenazaba con hacerme reventar los pulmones—. Hablé con los oficiales de policía, vendrán mañana temprano por tu declaración.

—Gracias. —Sabía que mi hermano tenía suficientes contactos como para detener a la policía en un caso como el mío. Porque, si había algo para lo que no estaba preparada—. ¿Cómo me veo? —pregunté. No era vanidad, simplemente, no tenía intenciones de asustar a mi hijo de quince años.

—¿Quieres que sea honesto?

—¿En serio? —No podía creer que se estuviera burlando en un momento como ese.

—Pues, has tenido días mejores. —Acomodó un mechón que me tapaba el rostro—. Todo estará bien, ya lo verás. —Me dio un beso en la frente.

—¡Mamá! —gritó Matt—. ¡Mamá!

—Hola, mi vida. —Sus ojos grises se veían vidriosos; tenía las mejillas sonrojadas—. Chss... estoy bien —dije cuando lo recibí entre mis brazos.

Mi hermoso y apuesto hijo era un chico alto. Ya alcanzaba el metro ochenta y dos de estatura, pero eso no impidió que se convirtiera en un pequeño muñequito de trapo.

—Estoy bien. —Le sonréí. Acaricié su cabello castaño y le di un beso en la frente, después de coger su carita con mis dos manos—. Mírame, cariño. Estoy bien.

La verdad era que esperaba que me creyera. Hasta ese momento, no me había mirado en el espejo y, si me veía tal como me sentía, no era un

consuelo.

—Estaba preocupado, tío Kill no quiso decirme lo que te había pasado.

Levanté la vista para mirar a mi otro hermano y contuve las ganas que tenía de estrangularlo. Suponía que no podía pedirle mucho más a un *exmarine*, que tenía más experiencia con las armas que con las personas.

—Kylie —dijo él, que estaba parado detrás de Matt, cuando se acercó para darme un beso en la mejilla.

Killian y Knox eran gemelos y, de niños, se parecían tanto que solían engañar a todo el mundo, sobre todo, cuando estaban en el colegio. De adultos, la gente los identificaba solo porque Killian tenía una cicatriz que le atravesaba la ceja derecha y se perdía en la línea de su cabello.

Sin embargo, la vida los alejó. No tenía idea de qué los había llevado a tomar caminos tan diferentes, causando entre ellos una separación profunda. Nada quedó de los chicos de ojos oscuros que actuaban como espejo. Por el contrario, tenían personalidades prácticamente opuestas, aunque se mantenían ciertos patrones. Uno de ellos, que parecía ser dominante en mi familia, porque incluía a mi hermana, era que ninguno contaba con el sentido del tacto, no tenían idea de lo que era actuar con delicadeza. Solían ser unos simios para más cosas que las que podía contar. Me costaba entender por qué la gente, seguía confundiéndolos.

Ambos se encontraban a los pies de mi cama, mientras que mi hijo seguía colgado en mi cuello

como si fuera un koala.

No quería, ni siquiera, imaginar cómo se sentía. Haber perdido a su padre en un despliegue en Afganistán, fue devastador. Solo pensar que, por culpa de ese maldito asaltante, mi hijo podría haber quedado huérfano, me helaba hasta los huesos. Éramos una familia numerosa; no obstante, ni los familiares más cercanos podrían reemplazar a los padres en la vida de un adolescente.

—¡Kylie! —gritó Kai, mi hermana menor, que venía entrando a la habitación. Hasta ese momento, había estado tan concentrada en contener las emociones de mi hijo, que no escuché el sonido de sus tacones resonando por el pasillo—. ¡Kylie!

—Respira que te estás poniendo morada —dijo Killian y evitó que se me arrojara encima. Si lo hubiese hecho, aplastaría a mi hijo y terminara de hacerme trizas.

—Mierda, Kill —reclamó cuando se vio aprisionada por las grandes manos de mi hermano—. Suéltame.

—Solo si prometes comportarte —le advirtió.

—Eres un bruto, me estás haciendo daño.

—No seas mentirosa. Apenas te estoy agarrando.

—¡Kill! —chilló Kai.

—Vamos, ¿en serio? —los reprendí y recordé todos esos años, en los que mi trabajo era, evitar que terminaran matándose o metiéndose en problemas.

—¿Cómo estás? —insistió y dio un paso al frente—. Te ves como...

—¿Kai? —advirtió Knox, autoritario como

siempre.

—Oh... no te había visto, su Tiranidad. —Dio la vuelta para enfrentarlo y el mayor de los gemelos puso los ojos en blanco. Sin embargo, se agachó para que pudiese besarlo en la mejilla, como hacía siempre—. ¡Hola, campeón! —agregó cuando se acercó a mi pequeño, que estaba cada día más grande.

—Hola, tía Kai. —Matt se dejó abrazar y se paró al lado de mi cama, privándome de su calor y, recordándome, que ya no era un niño.

Mi familia era disfuncional, por decir lo menos, pero nos amábamos con ferocidad. Los hermanos Gibson veníamos de un hogar poco convencional. Sin embargo, desde la época del colegio, todos aquellos que tuvieron la mala idea de hablar a nuestras espaldas o sobre nosotros, se encontraron con los puños de mis amados hermanos; jamás lo dejaron pasar. Que tuvieran fama de matones, nunca fue novedad. Que se hubiesen alistado en la marina, al igual que nuestros padres, tampoco.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Kai.

—He tenido días mejores. —Sonréí. Sabía que, de seguro, mi cara era el mejor reflejo de mis emociones y que mi hijo, no tenía un pelo de tonto. En eso, era igual a sus tíos.

—Buenas tardes —dijo una enfermera, que tuvo la mala idea de asomar la cabeza en pleno reencuentro familiar.

—Buenas tardes —respondieron mis tres hermanos.

—Las horas de visita terminarán dentro de una hora.

—Gracias —contesté, cuando me di cuenta de que no le habían oído.

—Knox dijo —comenzó Kai, pero guardó silencio cuando él apretó el botón, para cortar la tercera llamada telefónica que recibía en el lapso de dos minutos—. Contesta, ¿quieres? —le dijo con las manos en jarra.

—No pasa nada.

El móvil sonó por cuarta vez y, con una disculpa en la mirada, salió de la habitación.

—Te traeré ropa de cambio mañana, ¿te parece? —continuó mi hermana, como si hiciera un listado de cosas por hacer.

Knox se asomó por la puerta a los dos minutos y después de levantar una ceja, Killian salió tras él.

—Tienes que dormir aquí esta noche, ¿verdad? —preguntó Matt.

—Sí, mi vida. —Sonreí—. Pero no te preocupes, puedes elegir con cuál de tus tíos deseas quedarte.

—¿En serio? —Se le iluminaron los ojos. Solo la idea de pasar la noche con uno de ellos le parecía alucinante y yo lo sabía.

Una ráfaga de viento frío se coló por la ventana cuando mis hermanos regresaron a la habitación.

—Kylie —comenzó Knox—. Tenemos que irnos.

—¿Qué? —reclamó Kai—. ¿Ahora? ¿En serio? — Killian se cruzó de brazos y Knox, se pasó una de las manos por la cara.

—Acabamos de recibir la información sobre un caso en el que trabajamos desde hace tres meses. Tenemos que ir a Bruselas.

—¿Jameson? —pregunté, segura, de que sabía de qué estaban hablando.

—Ajá. Lo siento—contestó.

—No pasa nada. —Volví a sonreír con miedo a que se me acalambraran las mejillas.

—¿De verdad no te importa? —agregó Killian, que sabía que estaba mintiendo.

—De verdad —respondí—. No pasa nada.

—Pues, entonces irás conmigo —dijo Kai, ignorando la expresión de mi hijo que decía a todo pulmón que, en su listado de prioridades, su tía, era la última opción.

CAPÍTULO 2

Noah

Vi a los hermanos Gibson entrar y salir como si atravesaran una puerta giratoria

Llevaba dos horas en la sala de espera, atento para oír novedades sobre ella. Sin embargo; Knox, Killian y Kai, siguieron de largo sin decir nada.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mis pantalones cuando lo sentí vibrar y leí el mensaje que, nuestro glorificado *hacker* de los bajos mundos de la *Dark Web*, había enviado con información crítica de uno de los casos que llevábamos en Europa.

—¿Viste lo que envió Will? —preguntó Knox; tenía el móvil en la mano.

—Sí.

—Mi hermana debe permanecer aquí dos noches; no puede estar sola. —Era obvio, no esperaba menos de él.

—Llamaré a Grant —interrumpió Killian; no había despegado los ojos de la pantalla.

—Matt estará con Kai en el apartamento. Kill y yo, viajaremos con Grant y Harrison a Bruselas esta noche.

—Pero...

—Tú te quedarás cuidando a mi hermana.

—Dios, ¿yo? —Llevaba tiempo sin participar de una misión en terreno y odiaba que me dejaran atrás.

—Ajá.

—¿Piensas que no estoy en condiciones de

viajar?

—No he dicho eso —contestó Knox.

—Claro que no... no es necesario, ¿verdad? Que a veces lleve un bastón, no significa que no pueda trabajar en el campo, ¿sabías?

—¿De verdad piensas que te estoy dejando aquí porque creo que no puedes hacerlo?

—Pues... dime tú. —Me crucé de brazos.

—Basta con esa mierda, ¿quieres? —Negó con la cabeza—. Al igual que como fue con muletas, es cosa de tiempo para que dejes de usarlo, y lo sabes.

—Así es, es por eso que quiero...

—Escucha —levantó el dedo índice y me apuntó a la cara—. Mi hermana está asustada y nerviosa; hará todo lo necesario para calmar a Matt.

—¿Y qué tiene que ver...?

—Prefiero que... —Movió la cabeza y le sonó el cuello—. Dios, Carter. Estuviste grave dos veces y sabes lo que significa estar en su lugar.

—Knox...

—Kylie no es tonta; dirá lo que sea para salir de aquí lo más rápido que pueda.

—Es lógico, no puedes culparla.

—Claro... pero...

—¿Pero?—insistí.

—Va a necesitar a alguien con quien hablar.

—¿Hablar de qué? —No conocía a nadie que tuviese ganas de revivir un evento como ese mientras estuviera en el hospital. Es más, dudaba que alguien tuviese deseos de recordarlo, en absoluto.

—Carter... —Se agarró el pelo de la nuca y suspiró frustrado—. No tengo tiempo para esto.

—Escucha, no tengo nada en contra de tu hermana, en serio. Pero no es la primera vez que

me dejas atrás; dudo que Kylie aprecie el gesto. — Era verdad, aunque fuese una excusa.

—Te lo pido como un favor.

—Demonios, Knox. Eso no es justo.

—Hablaremos de justicia a mi regreso, ahora — frunció el ceño—, te necesito aquí.

—¿Y cómo vamos a convencerla de que lo mejor es que me quede con ella?

—Pues, eso, amigo, puedes decidirlo tú.

—Me estás metiendo en un problema. Dudo que tenga ganas de conversar conmigo.

—Le pedí a Will que introdujera en los sistemas una autorización especial.

—¿Autorización?

—Ajá, para ti, como su guardaespaldas.

—Oh... claro. —Apreté el mango de mi maldito bastón—. Era justo lo que me faltaba.

—Tengo que irme —dijo Knox.

—Yo... —Apreté la mandíbula—. ¿En serio piensas que tu hermana va a aceptar a alguien detrás de la puerta?

—No le estoy preguntando.

—Por el amor de Dios. —Me pasé la mano por la barbilla.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—¿Para pasar la noche aquí? —pregunté. Tenía la sensación de que seguir discutiendo con él, no me llevaría lejos.

—¿Sabes si Will pudo identificar al maldito? — agregó, cambiando el tema.

—En eso estaba, antes de enviarnos la info sobre Jameson.

—Ajá.

—Dime una cosa. ¿Por qué quieres que me quede con tu hermana? No está en riesgo y, es

muy posible, que interprete mi presencia como una invasión. —De eso estaba seguro, que él no tuviese ganas de verlo, era su problema.

—Carter, mi hermana, podría haber muerto hoy... ¿De verdad piensas que está tan calmada como aparenta? —No la había visto, pero suponía que podía confiar en su palabra.

—Pues...

—Después de que murió mi cuñado tuvo varios ataques de pánico. No quería salir de su casa, ni siquiera para ir a buscar a Matt al colegio. Estuvo paralizada por semanas.

—Yo... No sabía de eso.

—Pocos lo saben, no es algo de lo que sienta orgullosa. Nos llevó meses convencerla de que se viniera a vivir al edificio de GBS y, más aún, para que buscara ayuda. Fue uno de mis padres quien la llevó al psiquiatra después de contarle, cómo había sido para ellos la muerte de mi madre.

—¿Cuál? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Keith o Kenneth?

—Dios... ¿Acaso importa?

—Pues...

—Keith —contestó, negando con la cabeza.

—Vaya... Nunca voy a entender eso —concluí.

Sabía que no tenía nada que ver con la situación, pero que los hermanos Gibson, hubiesen tenido una madre y dos padres, jamás dejaría de parecerme extraño.

—Carter, ¿estás oyendo lo que digo?

—Sí.

—No importa quién fue la persona que llevó a mi hermana a buscar a un especialista. Lo único

relevante aquí, es que piensa que no será la gran cosa quedarse sola. Sin embargo, cuando se dé cuenta de que podría haber muerto hoy... te garantizo que cambiará de opinión.

—Eh...

—La conozco; hará lo que sea para convencernos de que no pasa nada. No digo que no pueda estar sola, pero temo que vuelva a caer en lo de antes.

—¿Eso crees?

—Pues... no tengo ganas de averiguarlo y deseo, más que nada, estar equivocado.

Esperé a que Kai y Matt se fueran a casa antes de golpear la puerta de la habitación de Kylie.

—¿Puedo pasar?

—¿Carter? —preguntó.

—¿Puedo?

—Sí, claro. —Trató de acomodarse en la cama y sentí ira cuando vi cómo estaba. Aparentemente, a nadie del clan Gibson le pareció relevante advertirme cómo estaba.

Llevaba un cabestrillo en el brazo, tenía un hematoma en la frente, un ojo morado y el labio roto. Se las había arreglado para que un mechón de cabello cubriera el lado izquierdo de su cara. Afortunadamente, no tenía problemas para abrir el ojo, pero junto a la herida en la mejilla, su rostro combinaba distintos colores azulados. Las vendas frescas y blancas contrastaban con su cuello cremoso, junto a los otros tonos morados en su piel.

—Dios, Kylie. ¿Cómo te sientes?

—¿Cómo crees? —contestó con desdeñoso

sarcasmo y vi cómo arrugó la frente, cuando contuvo el aire para ponerse de lado.

—Déjame ayudarte. —Me acerqué a la cama y acomodé sus almohadas—. ¿Deseas que llame a la enfermera?

—No. —Miró la bolsa de suero y levantó el codo—. Se supone que aquí tengo todo lo que necesito.

Me parecía impresionante que se mantuviera tan estoica. Era evidente que tenía dolor, pero tal y como había dicho Knox, no tenía intenciones de mostrarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Knox y Kill van de camino a Bruselas.

—Lo sé.

—Y... pues... —dudé—. Él desea que me quede contigo.

—Dios, ese idiota. —Puso los ojos en blanco.

—No puedes culparlo, ya sabes cómo es.

—Sí, pero... —Contuvo el aire y un quejido—.
De verdad, no lo necesito...

—Si lo prefieres, estaré afuera, en el pasillo.

—No digas tonterías. Invadirás mi espacio donde sea que estés.

—Kylie, yo...

—Odio que mi hermano piense que tiene derecho a hacer estas cosas.

—Está preocupado, eso es todo. Todavía no tenemos algo concreto sobre el maldito que te asaltó. Will está trabajando con las imágenes que recuperó de las cámaras de tránsito.

—¿Y qué se supone que vas a hacer mientras estés aquí? —preguntó.

—Ayudar... Acompañarte.

—Eso ya lo dijiste —agregó y se aclaró la garganta.

—Cuéntame... ¿Qué necesitas? —pregunté y levantó la vista.

No era difícil ver que se estaba conteniendo. Conocía demasiado bien a sus hermanos y tenía experiencia con sus gestos. No me extrañaba que ella y Kai, la menor de los Gibson, fuesen prácticamente espejos.

El brillo de sus hermosos y penetrantes ojos marrones, no era el habitual. Habría apostado mi carrera a que contenía mucho más que palabras vacías y odiaba reconocer que Knox hubiese tenido razón. Kylie tenía miedo; nadie merecía vivir así, mucho menos, ella. Era una mujer alegre que iluminaba los espacios con su bella sonrisa.

—¿Podrías conseguirme algo para el dolor de cabeza? —dijo después de un rato, en el que lo único que hizo fue mirar la ventana.

Me levanté para buscar a la enfermera. Sabía que podía apretar el botón rojo y que vendrían de inmediato, pero sentía que debía darle un espacio para soltar el aire.

Esperé unos minutos antes de acercarme a la estación y volví con la promesa de que traerían la medicación. No se me ocurrió golpear la puerta, por el contrario, la abrí despacio y me saltó el corazón del pecho, cuando la vi apretándose los ojos para esconder las lágrimas que había derramado en mi ausencia. Deseaba darle privacidad, pero no pude esperar para acercarme e intentar darle algo de consuelo.

—¿Kylie? —susurré cuando crucé la puerta.

—Oh... eres tú. —Se había inclinado.
—¿Hay algo que pueda hacer por ti?
—No. —Negó con la cabeza.
—La enfermera vendrá luego.
—Gracias.
—Estoy aquí, ¿sabes?

Abrió la boca, pero en cuestión de segundos, volvió a cerrarla. Lo que quería decir, quedó atrapado en sus delicados labios llenos.

Recibió las pastillas que le llevó la enfermera y me pidió que bajara el respaldo de la cama. Para no molestarla, me senté en la silla que había en la esquina, no iba a acosarla. Sin embargo, no pude concentrarme en otra cosa que no fuera apreciarla y encontrar los contornos de su cuerpo en el reflejo de la noche.

Llevábamos dos años trabajando juntos y, si bien, nunca tuve una excusa para acercarme, siempre encontraba oportunidades para contemplarla. Era hermosa y dudaba que ella lo tuviera en cuenta. Kylie era atractiva por mucho más que su belleza. No podía pasar por alto su sedoso cabello oscuro que caía en cascada sobre la almohada, ni las curvas de su cintura escondidas debajo de las sábanas.

No me pidió que encendiera la luz; suponía que la oscuridad aliviaba su dolor de cabeza. Se incorporó para tomar un sorbo del vaso que había en la mesa de noche y después, volvió a acostarse, hundiéndose en la cama.

Dejé el bastón apoyado en la pared y traté de acomodar mi metro ochenta y seis en la diminuta silla blanca. Suponía que, no podía quejarme; la alternativa era estar parado al otro lado de la

puerta.

Ver el estado en que se encontraba Kylie, justificaba los argumentos de Knox para pedirme ese favor y, esperaba, que nada tuvieran que ver con mis capacidades físicas para el trabajo en terreno. Me acomodé una vez más y cerré los ojos, tranquilo al oír el regular ritmo de su respiración.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos? —Abrí los ojos. Habíamos pasado más de dos horas en silencio absoluto. Me sorprendió no solo la pregunta, sino también, el grave sonido de su voz; suponía que estaba durmiendo.

—No. —Mi intención no fue que la respuesta sonara brusca; me había pillado desprevenido.

—¿Por qué?

—Pues... —Sentí como si hubiese caído el peso del mundo en mis hombros. Me incliné, apoyé los codos en las rodillas y dejé caer la cabeza.

—¿Has tenido alguna pareja estable? —insistió.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. —Me pasé una de las manos por la cara—. Mi trabajo es peligroso.

CAPÍTULO 3

Kylie

«**M**i trabajo es peligroso». Cuatro palabras. Cuatro palabras que tenían el poder de cambiar una vida, en un segundo. Una frase que aprendí a aceptar a la fuerza y con el corazón en mil pedazos.

En vez de terminar mi carrera de negocios, me casé joven, enamorada y embarazada. Me retiré de la universidad después de solo dos años, para formar mi propia familia junto a un hombre maravilloso. Sin embargo, la ilusión se quebró, por primera vez, después de la pérdida del bebé cuando tenía solo cuatro meses de embarazo.

Consciente de que era joven y que, de seguro, tendría otras oportunidades, me contenté con seguir adelante y lucir con orgullo mi anillo de matrimonio.

Como buen soldado, mi marido se ausentaba durante meses, se internaba en el desierto y cortaba la comunicación, a veces, por completo.

Vivimos en seis lugares diferentes a lo largo de diez años y, las tres primeras mudanzas, fueron antes de cumplir nuestro quinto aniversario. Sin embargo, después del dolor en el alma que me provocaron otros dos abortos espontáneos, dejó de importarme quién era y dónde estábamos. El desconsuelo se había apoderado de mi alma y me perdí en su desoladora sombra.

Me desprendía más y más con cada mudanza, dejaba atrás mi esencia y, como si se hubiese evaporado, olvidé lo que era sonreír de pura

felicidad.

Después de una misión que duró once meses, gracias a un permiso especial que le otorgaron para viajar por mi cumpleaños, volví a quedar embarazada, por tercera vez. El miedo se apoderó de mi voluntad y de todo mi ser.

Fueron nueve meses de terror, a pesar de que el embarazo de mi precioso hijo, fue una bendición. Lo viví prácticamente sola en una base en Hawái, ya que, regresó solo dos veces y nunca por más de tres días. Supuse que era lo normal después de una promoción y un nuevo nombramiento. Mis hermanos me ayudaron a aliviar el miedo, que no me abandonó, sino hasta que tuve a Matt en mis brazos.

—¿Alguna vez pensaste en dedicarte a otra cosa?

—No. —contestó sin dudar.

—¿Por qué? —Por primera vez, sentí que tenía la oportunidad para preguntar y sin aprensiones; necesitaba entender. No me importaba que fueran las verdades de alguien que nada tenía que ver con mi pasado.

—Pues... supongo que... lo llevo en el ADN. Vengo de una familia de tradición militar. Viví de base en base toda mi vida, por lo que nunca pensé que podría haber algo más.

—Hasta que te dieron de baja, ¿verdad?

—Sí.

—¿Si pudieras, regresarías a la marina?

—No. —Se pasó la mano por la frente y después por la barbilla. Solo podía ver su perfil en la sombra.

—¿Por qué?

—Ya me acostumbré a la vida de civil y me gusta decidir qué hacer en mi tiempo libre, ahora que lo

tengo.

—¿Tuviste miedo alguna vez?

—Por supuesto.

—¿En serio?

—Claro. —Miraba el contorno de sus grandes manos—. Estoy seguro de que, en su justa medida, el miedo te da perspectiva, te obliga a tomar decisiones más certeras y te enseña lo valiosa que es la vida. —Respiró profundo—. No puedes dejar que el miedo te paralice.

—Supongo que tienes razón. —Se me encogió el corazón—. Y, ahora... ¿Le temes a algo?

—Pues..., sí. —Levantó la cabeza.

—¿A qué?

—Estuve dos veces colgando de un hilo y, en ambas ocasiones... —Suspiró—. No supe si podría lograrlo.

Hasta ese momento y después de dos años trabajando en la misma empresa, jamás me había sentado a conversar con él. Solíamos cruzarnos en los pasillos o en reuniones con todo el equipo. Siempre me llamó la atención la influencia que tenía sobre mis hermanos, la manera en la que comandaba la sala con su tono calmado, sugerencias y comentarios agudos. Siempre encontraba soluciones creativas y sencillas que, más de uno, había dejado pasar. Esa capacidad de llegar a otros sin imposiciones era impresionante, interesante, atractiva e imposible de ignorar.

Sabía que lo respetaban más que a nadie y que su opinión era vital para ellos. Había sido clave en el levantamiento de la compañía, ya que, de no ser por él, GBS nunca se habría convertido en la número uno.

—¿Estás contento? —Carter no se había movido; había contestado a todas mis preguntas en un tono calmado y amable.

—¿Contento? ¿Con qué?

—No sé... ¿Con el rumbo que ha seguido tu vida?

—Pues... supongo —aclaró, con una sonrisa casi imperceptible en la oscuridad.

—Vamos... no puedes decir eso.

Me miró. No podía verlo, pero sentía sus ojos quemándome la piel.

—¿Cuál es tu nombre de pila? —pregunté. Una suave y corta carcajada salió de su garganta.

—Noah.

—Oh... ¿Noah? —repetí y oí la melodiosa vibración de su nombre saliendo de mis labios.

—¿No lo sabías?

—Pues, no.

—Eres tú la que da las órdenes de pago de los salarios y estoy en la nómina —contestó y sonréí, a pesar del labio roto.

—Sí, pero me fijo en los apellidos. —Respiré profundo para ahogar el dolor—. Es una mala costumbre, lo sé.

—Muy mala.

—¿Cómo te sientes? —preguntó después de unos minutos de completo silencio.

—Como si me hubiese atropellado un tren.

—¿Necesitas algo?

—No. —Miré el cielo y cerré los ojos—. ¿Vas a quedarte toda la noche?

—Sí.

—No soy una niña, ¿sabes?

—Por supuesto que lo sé. —Su voz era grave, profunda.

—¿Entonces?

—Pues... Nunca he estado en tu lugar —agregó muy despacio, su tono era casi inaudible.

—¿Cómo?

—Nunca he llegado al punto de preguntarme —respiró profundo—. Qué pasaría si...

—¿Cómo? No... no entiendo.

—Qué sucedería... si me pasara algo.

—¿Por qué?

—A excepción de tus hermanos, dudo que alguien más vaya a extrañarme. —Pasaron treinta segundos en los que nos inundó el silencio—. Era hijo único y lo más parecido a una familia que tengo... es la tuya.

—¿Nosotros?

—Sí. GBS, tus hermanos...

—¿Y yo? —Se aclaró la garganta.

—Sí... tú también.

—¿Nunca has deseado tener tu propia familia?

—insistí.

—No. —Suspiró—. Quiero decir, estuve más de quince años en la marina y después en el *FBI*. —Se levantó y se paró frente a la ventana. La luz dibujaba el contorno de su silueta entre las sombras—. Era consciente de que si algo salía mal, podría no haber regresado. —Negó con la cabeza—. Lo vi muy de cerca, créeme, demasiadas veces. —Cruzó los brazos sobre su pecho—. El dolor, las consecuencias... —Respiró hondo—. Ya tengo cuarenta años, Kylie.

—¿Y?

—Es muy tarde para comenzar de cero.

—No seas dramático. Si tú eres viejo; estoy acabada.

No era una competencia, pero Noah era el hombre más guapo de cuarenta años que había visto en mi vida, aunque, la verdad, tampoco era que conociera a muchos.

Más de alguna vez, sentí un golpe de adrenalina y, algo de culpa, al verlo pasar. No tenía razones para admitir, voluntariamente, que le observaba de cerca, cada vez que llevaba esos pantalones cargo negros que se ajustaban tan bien a su cuerpo y, esas botas militares que realzaban, aún más, sus anchos hombros. Como si eso fuera poco, la combinación de esa mandíbula cuadrada y sexis líneas de expresión, junto a esos ojos transparentes, que, tanto, tenían que decir y que hablaban tan poco.

Definitivamente, Noah Carter, con sus cuarenta años a cuestas, nada tenía que envidiarle al resto del equipo, por el contrario, tenía que convertirse en un ejemplo para todos.

—No digas tonterías. Eres menor que yo, ¿cierto? —agregó.

—Tengo treinta y ocho.

—Y yo, cuarenta. Tú ganas, eres más joven.

—No es una competencia. —Se nos arrancó una carcajada.

A pesar de que me habría gustado alivianar la conversación, sabía que nos habíamos embarcado en un momento de cruda honestidad. No tenía idea de por qué, pero era la primera vez que hablaba tan en serio con alguien, en mucho tiempo.

—Kylie...

—¿Sí?

—¿Has pensado en rehacer tu vida?

—No —contesté de inmediato, esa era la única respuesta.

—¿Por qué?

—Dime algo —traté de sentarme en la cama y me tragué un quejido—. ¿Quién podría querer a una vieja cerca de cumplir los cuarenta y que tiene un hijo adolescente? —Negué con la cabeza—. Una cosa es empezar de cero; una muy distinta, es pedirle a otro que asuma las cargas contigo.

—Podrías sorprenderte —agregó con seguridad.

—En serio...

—Sé que no es mi lugar y, si no quieres responder, lo entenderé. Pero ¿no has salido con nadie desde que...? —Aclaró su garganta. Era algo muy personal, pero suponía que me lo merecía, yo había comenzado la tanda.

—Desde que me quedé viuda, ¿quieres decir?

—Lo siento... no debí...

—Pues, no... No deberías... —Pero sí, debía ser honesta, tal y como había hecho él. Tenía que hablar con sinceridad—. No. No he salido con nadie... ni antes ni después.

—Oh. —Pareció detenerse a digerir la confesión—. ¿Fue el único?

—¿Sabes de matemáticas? —Me dolió el brazo cuando comencé a reír—. Es patético, lo sé.

—¿Qué?

—Vieja y prácticamente sin experiencia. —Me atoré con mi propia saliva cuando escuché, en mi mente, la barbaridad que acaba de decir y tosí—. ¡Ouch!

—¿Kylie? —Se levantó y en menos de un segundo, estuvo al lado de mi cama.

—Estoy bien... solo me duele el hombro.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No, no es para tanto. —Toqué su antebrazo— . Noah... ¿De verdad te quedarás conmigo? — Asintió y puso su mano sobre la mía.

—No voy a ningún lado.

Apretó mi mano y acarició mi muñeca. Un temblor que pensé olvidado, me recorrió desde los pies a la cabeza. Agradecí las bondades de la oscuridad y de que no pudiese ver cómo se me había erizado la piel ni cómo se habían enrojecido mis mejillas. Llevaba demasiados años sin sentir esa clase de calor corriendo por mis venas y, mucho más, la humedad que amenazaba con instalarse entre mis piernas.

La contusión, aparentemente, estaba causando estragos en mi cabeza.

El silencio fue total. Lo único que se oía fuerte y claro, eran los pasos de las enfermeras y las puertas de las demás habitaciones. Ocasionalmente, las voces de otros como yo, arrancados de la realidad para perderse en las blancas, pero a esa hora, oscuras paredes del hospital.

Las palabras de Noah retumbaban en mi mente. Porque yo, no podía permitirme el lujo del miedo, aunque él pensara que podría darme perspectiva. Sin embargo, comprendía la importancia de tomar decisiones certeras y apreciar el valor de la vida.

Respiré profundo, confiada de que solo me dolía el cuerpo, confiada en que además de los moretones y puñaladas, ninguna otra parte de mí había sido dañada.

CAPÍTULO 4

Noah

Nunca había revelado tanto con tan pocas palabras y en tan poco tiempo.

Estaba seguro de que no era eso lo que tenía Knox en mente, cuando me pidió que pasara la noche en el hospital cuidando a su hermana.

Nos desviamos tan rápido del tema original, que no tuve espacio para preguntar por los detalles del asalto.

Desde mi lugar en la ventana y gracias al reflejo, vi que se acomodó hacia el costado derecho.

No era la primera vez que dormiría incómodo, pero la novedad era, que tenía ganas de hacerlo porque deseaba llenarme de esencia y de sus más íntimos sonidos. El suave ritmo de su respiración e, incluso, uno que otro suave ronquido.

Con los brazos cruzados sobre mi pecho, estiré las piernas, crucé un tobillo sobre el otro y cerré los ojos con la cabeza apoyada en la pared.

No fueron sobresaltos ni gritos, pero desperté al oír sus sollozos; odié que Kylie llorara escondida en la oscuridad de la noche y a solo unos pasos de mí.

Me levanté y caminé hacia ella. Me agaché hasta que quedé a su altura y besé su frente. Fue entonces cuando abrió sus grandes, hinchados y hermosos ojos marrones.

—Chss... —susurré—. Chss... no pasa nada, preciosa.

¿Cómo y por qué lo hice? Ni idea. Pero sin

dudar, con un gesto le pedí que se moviera y me acomodé a su lado sobre la cama. La abracé con fuerza, tal vez, incluso más de lo que podría haber sido considerado correcto en su estado.

La sentía derretirse entre mis brazos y diluirse en mis manos.

—Noah —dijo y enrollé mis dedos en su cabello.

—¿Sí?

—Gracias. —Besé su frente.

Los sollozos continuaron por unos minutos y, solo se detuvieron, cuando apoyó la cabeza sobre mi pecho, directamente en mi corazón.

Amaneció en un abrir y cerrar de ojos. La luz se coló en la habitación, de la misma manera que la enfermera que frunció el ceño, cuando vio a Kylie, profundamente dormida en mis brazos.

Negué con la cabeza y la mujer se redujo solo a cambiar la bolsa de suero. Cerró la puerta en silencio tras ella y volví a abrazar a Kylie, con cuidado de no hacerle daño.

Heridas como las que tenía no tardarían en sanar, pero solo el tiempo diría, cuánto tardaría en cicatrizar. Las heridas de guerra obtenían de varias maneras; no todas tenían que ver con el campo de batalla o un arma en el hombro frente al enemigo. A veces, podían ser más profundas y, como estocadas, dejaban huellas imborrables.

Tenía la sensación de que las heridas de Kylie, eran más que esas dos puñaladas y que le habían calado profundamente el alma.

Que no se expusiera, que no hablara del tema, que ni siquiera mostrara señales de que existían, nada tenía que ver con la profundidad y el dolor con que las llevaba.

Inspiré profundamente y volví a cerrar los ojos, consciente de que estaba robándome un precioso momento. Ese increíble aroma a lavanda, se grababa en mi mente con cada uno de sus suspiros. Su mejilla sobre mi pecho, me ahogaba en deseos de tenerla piel contra piel.

La apreté un poco más y besé su frente. Acaricié su espalda con la yema de los dedos y sentí que su cuerpo reaccionaba con más avidez de lo que habría esperado, para una mujer profundamente dormida.

—Buenos días. —Oí al doctor Craig, asomando la cabeza.

—Buenos días —respondí, desilusionado. No deseaba que el momento se acabara.

—¿Cómo pasó la noche? —preguntó.

—Bien —susurré—. Con dolor de cabeza.

—Hola —dijo Kylie, que justo en ese momento abrió los ojos y se tragó un bostezo.

Me miró como si, de pronto, hubiese recordado que había estado aferrada a mí la noche entera. Se movió y cuando levantó una ceja, entendí que debía salir de su cama.

—¿Cómo durmió? —le preguntó el doctor.

—Pues... Bien.

—Excelente —respondió el hombre, que ahora llevaba un gorro de *Los Simpson*—. Voy a revisarla, ¿le parece bien?

—Claro... —contestó ella, se acomodó en la cama y dejó salir un quejido.

—Iré por un café —agregué cuando vi que miraba cómo el doctor se ponía el estetoscopio en las orejas—. ¿Deseas que te traiga algo?

—No... gracias. —Me sonrió con los ojos.

Bajé al restaurante que había en el primer piso y, en vez de pedir un expreso para llevar, me senté en la mesa que estaba al costado de la ventana.

No había dejado de pensar en nuestra conversación; era capaz de reconocer que había sido, más que nada, un monólogo. No se guardó ninguna pregunta y, yo, no escondí ninguna respuesta.

Odiaba la mentira, aunque fuese por omisión; sin embargo, a lo largo de la vida, me había visto obligado a guardar silencio en más de una ocasión.

Compré un ramo de rosas blancas en la tienda de regalos, después de dejar una generosa propina al chico que me había servido el café. Él no tenía la culpa de que hubiese estado sentado tanto rato, privándolo de las propinas de otros clientes.

—Haremos otra tomografía más tarde, necesito estar seguro antes de darle el alta —escuché al médico—. Mañana revisaremos esas heridas y, si todo va bien, en menos de diez días podré remover las suturas.

—Gracias, doctor —respondió Kylie y me miró de arriba abajo cuando entré en la habitación.

—Dependiendo de los resultados, mañana por la tarde podrá regresar a casa —dijo el hombre con una sonrisa.

—Eh...

—Señora Turner, es para asegurarnos de que ha bajado la inflamación. El examen clínico me indica que sí. Sin embargo, mi trabajo es descartar cualquier riesgo. ¿Está bien?

—Sí —contestó Kylie y se miró las manos.

—Con respecto a esas heridas, cambiaremos las

vendas antes de que se vaya.

—Muchas gracias, doctor.

—Ahora, espero no tener que repetir esto, pero que se pueda ir a casa, no significa que pueda regresar a su rutina normal de inmediato — insistió él.

—¿Cómo?

—Al menos dos días más de reposo relativo y, por supuesto, no hacer fuerza ni abusar de ese brazo, ¿de acuerdo?

—Claro, entiendo.

—Muy bien, señora Turner, la veré en la tarde.

—Sí, doctor.

—¿Alguna duda? —Se dio la vuelta y me miró.

—No, ninguna. —Tal vez Kylie no se había dado por enterada, pero ella era mi responsabilidad e iba a asegurarme, de que seguiría las indicaciones al pie de la letra.

El médico terminó de anotar en su *Tablet* y salió de la habitación con una sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —pregunté cuando la vi apretar el botón y bajar el respaldo de la cama.

—No me gusta estar aquí... debería estar con Matt y debería...

—Kylie —me acerqué y acaricié su mejilla—. Está con Kai, te aseguro de que se encuentra bien.

—Sí, pero...

—Es solo un día más. —Me miró derrotada.

—¿Qué es eso? —preguntó cuando vio las flores en mi mano izquierda.

—Son para ti. —Levanté el ramillete y se le iluminó el rostro con una sonrisa. Las finas líneas de expresión que aparecieron alrededor de sus ojos eran sexis y adorables.

CAPÍTULO 5

Kylie

Suponía que no me quedaba otra que aceptar las palabras del médico y armarme de paciencia.

—Debo regresar a la oficina por un par de horas, ¿está bien? —dijo Noah.

—Vale.

—¿Necesitas que pase por tu apartamento a buscar algo?

—No, pero ¿podrías dejar cargando mi móvil? El cargador está en mi bolso.

—Claro, ¿algo más? —Enchufó el teléfono y lo dejó en la mesa de noche.

—No... nada... gracias.

—Está bien. —Acarició mi barbilla y se acercó para darme un beso en la frente.

Lo vi salir de la habitación y agarré las rosas para dejarlas en la mesa de la esquina. Me bajé de la cama, aseguré el cinturón de la bata de hospital y caminé hasta el baño, no estaba tan grave como para pedir que me ayudaran.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Oí el chillido y vi a mi hermana menor con el ceño fruncido. Dejó la maleta que había traído a los pies de la cama y se cruzó de brazos.

—¿Tú qué crees?

—¡Dios, Kylie! Se supone que para eso debes llamar a una enfermera, no puedes... —Me agarró del brazo para llevarme de regreso a la cama.

—No sigas, ¡necesitaba ir al baño!

—Es que no puede ser que seas tan...

—¡Basta! —insistí, consciente de que mi hermana era una bomba de tiempo, no tenía ganas de ver cómo explotaba—. ¿Dónde está Matt?

—En el colegio.

—¿Lo dejaste ir?

—Por supuesto que lo dejé ir, es más, lo llevé hasta la puerta. —Sonrió.

—Kai...

—Escucha —comenzó mi hermana, mientras acomodaba las almohadas—. Sé que no quieres que Matt se preocupe más de la cuenta, pero está en todo su derecho.

—Kai...

—Chss. —Levantó el dedo índice—. Déjame seguir. Vio a su madre en el hospital, herida por culpa de un asaltante. —Comenzó a contar—. Sus tíos tuvieron que viajar fuera del país, para hacer quizás qué y, todo en el lapso de unas pocas horas, ¿te parece poco?

—Es por el caso Jameson...

—No me interesa por qué —interrumpió—. Sé que es su trabajo y está bien por mí. Pero no le puedes pedir a un chico que perdió a su padre en una misión de combate, que se quede tranquilo y de brazos cruzados, cuando ve que sus tíos toman la misma clase de riesgos.

—Dios. —Me acomodé el cabello—. ¿Tienes algo con lo que pueda amarrarme el pelo?

—Además —continuó mientras abría su bolso para sacar un palito chino—. Adora a esos idiotas.

—Tú también —sonréi—. ¿Qué quieres que haga con esto? —Levanté la mano.

—Oh —se paró detrás de mí—. Quédate quieta —dijo y comenzó a hacer un moño que atravesó

con el palo—. No puedes hacer como si nada, ¿sabes?

—Ouch... —chillé cuando sentí que me estaba perforando el cerebro.

—¿No te gusta así? —Sacó un espejo de su bolso, pero negué con la cabeza y me solté el cabello.

—Contusión, ¿se te olvida? —Apunté a mi cabeza.

—Demonios —contestó y comenzó a hacerme una trenza—. Lo siento... no se me ocurrió...

—Kai... Es mi hijo y es mi deber asegurarle que todo va a estar bien.

—Claro, porque tú tienes una bola de cristal y lo sabes todo... ¿Cierto?

—No se trata de eso...

—¡Dios! —dejó la trenza a medias y caminó hacia la esquina—. ¡Guau son bellas! ¿Quién te mandó esto?

—Pues...

—No tiene tarjeta —revisó cada uno de los pétalos—. ¿Algún admirador secreto del que tenga que enterarme?

—¿Qué?

—Vamos. Creo que las últimas flores que recibiste fueron —levantó la vista y miró hacia la derecha, recordando—, las que te enviaron nuestros padres para tu cumpleaños.

—Pues...

—Son hermosas —apretó el botón para llamar a la enfermera y me quedé de una pieza.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a pedir un florero.

—Kai, estamos en un hospital. ¿Acaso crees que entre los deberes de las enfermeras...?

—Buenos días —dijo mi hermana cuando entró

la chica—. Disculpe la molestia, pero ¿sabe dónde podría conseguir algo para poner esto?

—Claro —contestó la mujer, se acercó al armario y sacó una vasija de vidrio.

—Mil gracias —agregó Kai, con una sonrisa de triunfo.

—Por Dios. —Puse los ojos en blanco, impresionada de que todavía me sorprendieran sus artimañas.

—¿Viste?

—No deberías haberlo hecho...

—Volviendo a lo anterior —interrumpió, se puso seria, abrió el ramillete y acomodó las flores de una en una—. Ya es hora de que, Matt, pueda pensar por sí mismo, ¿no te parece?

—¡Kai!

—Lo siento, lo siento... Eso fue exagerado. —Dejó el arreglo en la mesa de noche—. Me preocupa... —suspiró—. Me preocupan ustedes dos.

—Yo...

—No puedes aislarlo de la vida real, ¿sabes? No puedes evitar que tome sus propias decisiones, o que cometa errores.

—Mmm...

—A todos nos tocó... ya es hora de que él...

—Lo sé... lo sé... —Traté de seguir con la trenza; se había desarmado.

—Ya, pues, cuéntamelo todo.

—¿Mmm?

—Las flores —apuntó con el dedo. Tampoco debería haberme asombrado de la capacidad de mi hermana, para hablar de mil cosas al mismo tiempo.

—Me las regaló, Noah.

—¿Quién?

—Noah —encontré un elástico en su bolso y terminé de amarrarme el cabello.

—¿Qué, Noah?

—Dios. —Me pasé las manos por el pelo y traté de que quedara ordenado—. Carter.

—¿Quién? —Arrugó la nariz—. Oh... Carter, se llama, ¿Noah?

—Ajá.

—¿En serio?

—¡Kai, por supuesto, que es en serio!

—¿Y tú le dices, Noah? —Me apuntó con un dedo.

—Es un lindo nombre.

—Pero estamos hablando de: Carter —insistió.

—Bueno... entonces, me las regaló Carter...
¿Contenta?

—Y, ¿por qué sería?

—Yo qué sé, pregúntale cuando regrese.

—¿Y va a volver?

—Dios, Kai... ¿Vas a replicar cada cosa que diga?

—Es que...

—Knox... fue Knox —agregué y puse los ojos en blanco.

—¿Qué hizo Knox, ahora? —Suspiró—. Lo siento, pero no entiendo lo que estás diciendo.

—Knox le «ordenó» a Carter que se quedara a acompañarme.

—¿En serio?

—Eres terrible.

—No. Ahora sí que hablo en serio —dijo más calmada—. ¿Por qué Knox le pediría eso?

—No tengo idea —Kai se cruzó de brazos, recorrió la habitación y me regaló, por fin, un minuto de silencio.

—Bueno... supongo que...

—¡Qué! —reclamé.

—Si están todos fuera y está preocupado, tiene sentido. —Tenía ganas de tirarme de los pelos—. De todos modos, es tierno de su parte.

—Claro, tierno de su parte —repetí con un suspiro.

—Convengamos que Carter, no es, precisamente, el hombre más sensible que hayamos conocido.

—¡Kai!

—No digo que sea como ese grupo de trogloditas, pero tampoco es que sea la ternura hecha persona... ¿No crees?

—Yo... —Noah era un hombre reservado, nada más.

—Además, nunca se ha comportado como si...

—Basta... ¡Por favor! —Me tapé el pecho con las sábanas—. Vas a hacer que me duela la cabeza.

—Vale, vale... ¿Ya te dijo el médico cuándo puedes regresar a casa?

—Mañana.

—¡Súper!

—Preferiría que fuese hoy, pero...

—No, no, no... —Me miró con una sonrisa torcida—. No te preocupes, tengo planes con mi sobrino.

—¿Planes?

—Sí. —Hizo el mismo gesto de deleite que la delataba de niña, cuando hacía cosas que de seguro la meterían en problemas.

—¿Qué estás tramando?

—¿Quién, yo?

—¡Kai! No te hagas la inocente.

—Cero... nada... no... ¿Yo?

—Dios, no puedes ser tan retorcida.
—¡Ey! Si alguien te oyera pensaría que soy...
—Una loca.

Nuestra conversación estaba a punto de convertirse en una espiral. Cada vez que mi hermana tenía esa clase de ideas, alguien, o para ser más específica, yo, terminaba pagando por ellas.

—Por favor, prométeme que no vas a meter a Matt en problemas.

—¿Por quién me tomas? —agregó ofendida—. Quiero lo mejor para él...

—Claro, claro...

—Kylie. —Cogió mi mano—. Quiero lo mejor para él, pero sobre todo, quiero lo mejor para ti.

—Dios...

—¿Puedo pasar? —dijo Noah, asomando la cabeza.

—Adelante —chilló mi hermana.

—¿Cómo estás, pequeña? —Saludó él y le dio un beso en la frente.

—Bien, bien... ¿Y tú, grandulón?

—Bien.

—¿Dónde estabas? —le interrogó.

—En la oficina, tuve que revisar un par de cosas, y...

—Oh, claro —interrumpió ella.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó y luego, me miró de arriba abajo.

—Bien, gracias.

—¿Ya te hicieron la tomografía?

—No, todavía...

—¿Tomografía? —interrumpió mi hermana.

—El médico desea confirmar que no haya

inflamación. Si todo está bien, podrá regresar a casa mañana.

—Oh, vale, vale. —Kai se cruzó de brazos y volvió a mirarlo—. ¿Vas a quedarte de nuevo esta noche?

—Sí.

—Porque... Su Tiranidad te lo ordenó, ¿verdad?

—No. —Sonrió, era imposible no reírse del apodo con el que Kai, se burlaba de nuestro autoritario hermano—. Knox me pidió un favor y yo, estoy muy contento de poder ayudarle. Pero porque quiero, no porque sea una orden.

—Ya. Claro..., no fue una orden...

—¿Kai?

—¿Sí?

—¿No tenías cosas que hacer? —agregué para llamar su atención.

—¿Ah? —Miró el reloj—. Oh, sí. Tengo una cita con alguien muy especial —dijo y caminó para recoger su bolso, que todavía estaba sobre la cama—. Te llamaré esta noche, ¿vale?

—Dime, ¿tu cita es con Matt? —pregunté para salir de la duda.

—Por supuesto, no hay otro hombre especial en mi vida.

—Claro, estoy casi segura de eso. —No sabía si sentir temor o poner los ojos en blanco; conocía a mi hermana.

—Hablaremos más tarde, ¿vale?

—Vale.

—Y, si necesitas algo, me avisas...

—Sí.

—Para lo que sea...

—¡Sí!

—Estará bien, pequeña —interrumpió Noah—.

Estará bien. Te llamaré si necesita algo.

Kai se acercó al borde de la cama y me dio un beso en la mejilla.

—Nunca más me hagas pasar un susto como este —me susurró al oído—. Nunca más, ¿entendiste?

—Kai. —Me abrazó y sentí dolor en cada una de mis heridas—. Haré lo posible.

—Te quiero —dijo y volvió a apretarme.

—Y yo a ti.

Mi hermana era una loca que hablaba a la velocidad de una metralleta, apuntaba en treinta direcciones y pasaba de un tema al otro en segundos. Daba, por hecho, que todos eran capaces de seguir la línea trazada por su retorcida mente con déficit de atención. Recurrentemente, me preguntaba cómo fue que logró salir de la universidad. No tuvo calificaciones que le adjudicaran una graduación con honores, pero era brillante.

—Cuídala. —Apuntó hacia mí y se acercó a Noah con una mirada feroz.